

**P. Daniel Díez García: MADRE M.<sup>a</sup> PILAR IZQUIERDO ALBERO. FUNDADORA DE LA OBRA MISIONERA DE JESÚS Y MARÍA (\*)**

El religioso agustino Daniel Díez García, muy vinculado a la fundadora, escribe esta biografía de un extraño personaje que fue beatificado por Juan Pablo II el 4 de noviembre del pasado año 2001. Confieso que tantas y tan raras enfermedades, tantas visiones, profecías y curaciones, tantas perrerías como le hicieron sacerdotes, obispos y futuros obispos, además de las de sus propias y escasas hijas, un lenguaje de un infantilismo atosigante, buscado de propósito, no me hacen de entrada simpática la figura de la nueva beata. Pero quienes sin duda estudiaron más a la madre Izquierdo apreciaron en ella méritos más que suficientes como para proponérsela como un modelo de vida y no voy yo a discutir los juicios de la Iglesia. Quizá el biógrafo cargó las tintas en lo truculento, lo extraordinario y, lo que repele algo, sea la biografía y no la biografada.

Nosotros nos limitaremos a dar una breve noticia de esta religiosa y de su obra para conocimiento de los lectores. Pilar Izquierdo Albero, "Pilarín" o "la Madrecita", como ella gustaba llamarse, nació en Zaragoza el 27 de julio de 1906 y murió en San Sebastián el 27 de agosto de 1945, cuando apenas había cumplido 39 años. En los que apenas hizo más que sufrir. Ese fue, sin duda, el camino de su santificación y la propuesta de su ejemplo por la Iglesia. Sufrimientos sobre todo físicos pero también espirituales. De familia muy humilde, se dedica enseguida al trabajo. Pero antes, esas historias que suelen contarnos de algunos que ya desde niños iban para santos. Aquella "tontica", así le gustaba llamarse, al igual que "Madrecita", iba mucho a ver a la Virgen y como no sabía decirle muchas "cosicas" le rezaba avemarías, se perdía en la iglesia y se hacía rosarios con una trenzadera. Un día, con siete años, en una de sus escapadas al Pilar, se la encon-

(\*) 2.<sup>a</sup> edición, reformada, Logroño, 1993, 436 págs.

traron dos monjitas que le regalaron una medalla y le preguntaron si quería ser monja. Aquella pequeñaja les dio una contestación de lo más normal. Les dijo que no, porque tenía a su mamá. Y ante esta respuesta tan natural y tan sencilla y tan infantil, aquellas dos religiosas, que sin duda habían sido obsequiadas por Dios con dones preter y sobrenaturales, exclamaron: *“¡Qué alma tan grande! Hará mucho bien a la humanidad; pero, ¡cuánto tendrá que sufrir!”*.

¡Vaya par de imbéciles si ante una sencilla respuesta infantil dijeron esa ristra de estupideces! Y, ¿estaba allí el P. Daniel que lo oyó y lo transcribe? ¿La niña de siete años recordó la frase y la contaba veinte o treinta años después para impresionar a sus monjitas y hacerles creer que estaba predestinada a la santidad desde sus más tiernos años? No tiene sentido.

La Virgen le decía de qué color tenía que ser su traje de primera comunión y a Dios le gustaba que comiera huevos fritos. Palabra de honor que el biógrafo nos cuenta estas bobadas en la página 13. En cambio no sabe cuándo recibió la confirmación, aunque se preparaba para ella a los diez años. También nos dice que se la administró el obispo de Huesca “Rvdmo. P. Colón, agustino”. Pues, imposible. Porque Mateo Colom y Canals, efectivamente agustino, no fue obispo de Huesca hasta 1922. En 1926, cuando trabajaba para ayudar a la economía familiar, se cae de un tranvía y se fractura la pelvis. Y como todas las enfermedades de esta joven eran rarísimas, la pelvis no se curaba por los procedimientos ordinarios sino milagrosamente el 15 de agosto de 1928, más de año y medio después. En junio de 1929 le aqueja otra extraña enfermedad que la tiene inconsciente durante seis meses y de la que sale parapléjica y ciega. Con numerosos quistes hidálicos en cabeza, pulmón y abdomen y casi sorda. De vez en cuando le quitaban algún quiste, de siete a nueve kilos de carne, y seguía la pobre en una buhardilla, siendo un ejemplo de resignación cristiana y de ofrecimiento a Dios de sus dolores. A su alrededor se reunían algunas personas, que ella llamaba su “rebañico”, que admiraban la virtud de la enferma, rezaban juntas, al parecer con notable provecho espiritual. La interrogaban sobre cuestiones de imposible conocimiento y ella contestaba

con gran acierto sobre si una persona estaba viva o muerta o si se encontraba alguien en alguna necesidad, enviando entonces a algunos de los que la acompañaban a socorrer a desconocidos para ellos y en direcciones por ellos ignoradas. Crecía, entre tanto, la fama de santidad de la enferma que un día anuncia que en una determinada fecha se iba a curar. Y se curó. Ante toda la concurrencia que se había congregado para el evento. Con sacerdotes incluidos. Eso fue el 8 de diciembre de 1939.

Andando perfectamente, con vista y oído pensó en fundar una congregación religiosa, a la que se refería como "la camioneta". Y marcha a Madrid, seguida por un grupo de jóvenes de las que la frecuentaban en su enfermedad. Pronto empieza un nuevo calvario. El obispo de Madrid, Eijo, retira su autorización a la congregación. El arzobispo de Zaragoza no reconoce la curación como milagrosa. El P. Liborio Portolés, escolapio, que era su brazo derecho, se pone contra ella. Eijo se desentiende de una monja que solamente le creaba problemas y nombra visitador a Bueno Monreal, futuro arzobispo de Sevilla, que le tenía declarada aversión. García Lahiguera, también futuro arzobispo y entonces sacerdote, la abandona acobardado. Se ve precisada a abandonar la congregación, paso en el que le siguen apenas nueve monjas. Las contrarias a la fundadora no serían muchas más. Nuevas enfermedades, quistes, fractura de una pierna, cáncer... le llevan a la muerte en San Sebastián el 27 de agosto de 1945. Tal como había vaticinado la fundadora, su congregación resurgió, acogida en Logroño por su obispo Fidel García Martínez —"como lo tienen por tan raro, no te extraña que lo que no quieren los demás lo quiera él"— y pronto sus hijas, las fieles de la primera hora y las que llegaron después de su muerte, promovieron la causa de beatificación. Y como esta monja no se llevaba bien con los obispos, el de San Sebastián, Argaya, pide en el Vaticano que frenen el proceso. Al fin triunfó la monja de los obispos y es ella la que está en los altares.

Extraño personaje, compleja vida y una biografía que creo se me nota no me ha dejado satisfecho. Como las "ollicas", los "puchericos" y las "pimienticas".

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA